

# LA CIVILIZACIÓN HISPANO-CATÓLICA Y SUS ENEMIGOS EN LOS ESCRITOS DE JOSÉ VASCONCELOS (1935-1939)

## THE SPANISH-CATHOLIC CIVILIZATION AND THEIR ENEMIES IN JOSÉ VASCONCELOS'S WRITINGS (1935-1939)

*RODRIGO RUIZ VELASCO BARBA*  
Universidad Panamericana

**RESUMEN.** En las memorias y artículos periodísticos que publicase José Vasconcelos durante los años treinta, puede verse una creciente tendencia hacia el catolicismo, a la vez que una identificación de quienes supuso eran los enemigos de la civilización hispano-católica: el protestantismo, la masonería y el comunismo entre ellos. Pese a que, en su discurso, Vasconcelos no abandonó esencialmente el liberalismo, pudo encontrar en la enunciación de estos enemigos un notable punto de intersección con ideas sostenidas dentro del ámbito eclesial y entre amplios sectores del laicado católico y conservador.

**PALABRAS CLAVE.** Hispanofilia. Catolicismo. Revolución Mexicana. Protestantismo. Secularización radical.

**ABSTRACT.** In the memoirs and newspapers articles published by José Vasconcelos during the 1930's, there can be seen a growing tendency towards Catholicism as well an identification of those who he supposed where the

enemies of the Spanish-Catholic civilization: Protestantism, Freemasonry and communism among them. Although, in his narrative, Vasconcelos did not essentially abandon liberalism, he could find in the enunciation of these enemies a remarkable point of intersection with ideas held within the ecclesiastical sphere and among broad sectors of the Catholic and conservative laity.

**KEYWORDS.** Hispanophile. Catholicism. Mexican Revolution. Protestantism. Radical secularization.

«Quizás sucede que fatalmente el católico atrae sobre sí la persecución, bajo todos los regímenes sociales. El bautismo trae implícita la vocación del martirio. El cristiano es un inconforme radical. No está destinado a la paz sino a la guerra, según está dicho desde el comienzo. Mientras más crece el poder del Estado, con más intensidad lo repudia el corazón del cristiano. En el conflicto eterno de César y Cristo, el cristiano sincero se siente antecesor, es decir, sospecha en el César, al Anticristo. El conflicto no se limita a México: es mundial».

José VASCONCELOS, *La flama* (1959).

## 1. Prefacio

Es posible que pueda causar algún desconcierto el hecho de que José Vasconcelos, uno de los más eminentes intelectuales mexicanos del siglo anterior, fuera en su madurez tardía más o menos proclive a escribir pasajes que pueden ser interpretados como apologética católica. Este asombro puede deberse a su mundial fama de pensador, educador y político progresista, de bien conocidas credenciales republicanas, laicas, liberales y democráticas. Lejos de mi pretensión está negar esa clasificación durante buen tramo de su trayectoria, particularmente los años de su juventud y primera madurez como agente subversivo, luego político y ministro de Estado. Sin embargo, a raíz de su desencanto con el proceso revolucionario y su consagración como político opositor al régimen, como tal fra-



casado en los comicios de 1929, Vasconcelos volcó todo su talento en la escritura, donde se distinguió como un enardecido adversario de los gobiernos callistas<sup>1</sup>. En su discurso de entonces puede verse que, sin abandonar los moldes liberales, de manera creciente fue aproximándose al catolicismo y aumentando su hispanofilia<sup>2</sup>. En *La flama*, su libro póstumo, puede otearse que Vasconcelos equiparó en ciertos aspectos su periplo personal con la propia historia del cristianismo, donde resaltó un multiseccular conflicto de evocaciones agustinianas entre las dos ciudades. En su mirada destacan la desconfianza frente al Estado persecutorio y la vocación de martirio que, en su caso, pudo relacionarse con las derrotas, las estrecheces y el prolongado destierro que soportó. Pasajes por el estilo denotan cómo se identificaba Vasconcelos, esto es, revelan un sentimiento de pertenencia a uno de los presuntos bandos en tensión a lo largo de la historia. Allende esta reflexión, en su narrativa Vasconcelos también señaló a varios de los contendientes principales, a su vez en parte coincidentes con planteamientos proferidos desde los púlpitos y la cátedra romana.

---

1. Plutarco Elías Calles fue presidente de México entre 1924 y 1928, pero se mantuvo como una figura preponderante de la política mexicana hasta 1936, dando pie a que al período se le llamase «el maximato» por considerársele «el jefe máximo de la Revolución».

2. No deja de ser interesante observar que, en 2019, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador reeditó y promovió oficialmente la «Cartilla moral» que en 1944 el Secretario de Educación Pública Jaime Torres Bodet encomendase a Alfonso Reyes. Llama la atención que se ignore a Antonio Caso y a José Vasconcelos, filósofos morales de gran trayectoria, en principio más adecuados para emprender la tarea, para enseguida encargar la tarea a quien no era filósofo, ni moralista. Según el filósofo Guillermo Hurtado, Torres Bodet encargó la tarea a Alfonso Reyes por su viabilidad política y por considerarle menos próximo al catolicismo. Guillermo HURTADO, «Coordenadas filosófico-ideológicas de la Cartilla moral», *La Razón* (Ciudad de México), 29 de enero de 2019. Texto disponible desde internet en: <https://www.razon.com.mx/opinion/coordenadas-filosofico-ideologicas-de-la-cartilla-moral/>. Consultado el 24/03/2019.

El siglo XX puede ser visto como la centuria de las ideologías y la eclosión de los totalitarismos. Éstos, sin embargo, no fueron fenómenos espontáneos de su siglo, sino que pueden ser entendidos como la consecuencia de procesos históricos de larga duración que convergieron en la secularización radical. Este tránsito recorrió de punta a punta la llamada era moderna. Uno de sus antagonistas, el papa Pío XII, en un discurso ante los miembros de Acción Católica el 12 de octubre de 1952, abocetó este proceso cuando aludió a tres negaciones sucesivas, cada vez más contundentes y extremas en la marcha de la historia: «Es un enemigo vuelto cada vez más concreto, con una falta de escrúpulos que deja todavía atónito: Cristo sí, Iglesia no. Después: Dios sí, Cristo no. Finalmente el grito impío: Dios ha muerto; más bien: Dios nunca ha existido»<sup>3</sup>. Es evidente que Eugenio Pacelli, como sumo pontífice, se refería a la concatenación de tres grandes revoluciones que, desde su perspectiva, fueron socavando y destruyendo el orden cristiano tradicional a través de la historia moderna: primero, el protestantismo; luego, el deísmo masónico de cierta Ilustración que derivaría en la Revolución Francesa; y finalmente, la inquietante pregonera del materialismo marxista que fue la Revolución Soviética. En concordancia con este discurso, cabe añadir que el desarrollo del proceso coincidió también con la aparición del Estado moderno<sup>4</sup> y su creciente absolutización. En México la denuncia de este proceso secularizador radical, entendido como la desacralización del mundo<sup>5</sup>, de ordinario se relaciona

---

3. Discurso de Pío XII el 12 de octubre de 1952. Texto disponible desde internet en: [https://w2.vatican.va/content/pius-xii/it/speeches/1952/documents/hf\\_p-xii\\_spe\\_19521012\\_uomini-azione-cattolica.html](https://w2.vatican.va/content/pius-xii/it/speeches/1952/documents/hf_p-xii_spe_19521012_uomini-azione-cattolica.html)

4. Expresión que, en realidad, resulta un pleonismo. Sobre este proceso, en la línea señalada del proceso secularizador, puede consultarse: Miguel AYUSO, *¿Después del Leviatán? Sobre el estado y su signo*, 4ª ed., Guadalajara, Folia Universitaria, 2003.

5. Un profesor argumenta que el término secularización cuenta con dos interpretaciones opuestas que son unidimensionales y equívocas: la racionalista, que ve la secularización como progreso y camino hacia el ateísmo, y la del tradicionalismo rígido, que considera la secularización



con los intelectuales católicos más conservadores y ultramontanos; sin embargo, en mi opinión, también puede rastrearse entre quienes parecen escapar a esa clasificación por su reconocido liberalismo democrático y por su cristianismo heterodoxo<sup>6</sup>. Para abordar el tema desde este ángulo, pienso en José Vasconcelos Calderón (1892-1959) y principalmente en su apasionante autobiografía<sup>7</sup>.

---

como mera decadencia y desacralización del mundo. José Luis ILLANES, *Historia y sentido. Estudios de Teología de la historia*, Madrid, Ediciones Rialp, 1997, pp. 162-170. Yo empleo la expresión adjetivada. Esto es, la «secularización radical» y no la secularización a secas, con el ánimo de eludir esta posible objeción al emplear una expresión de manera unívoca, y referir entonces el desenvolvimiento de un proceso secularizador radical, entendido a la manera del racionalismo y del «tradicionalismo rígido», que efectivamente ha tenido un despliegue comprobable en la historia, sin excluir otras secularizaciones de distinta significación.

6. Es muy interesante el juicio que tenía de Vasconcelos Salvador Abascal, católico intransigente, jefe del sinarquismo entre 1940 y 1941, que después fue su editor en *Jus* y lo trató personalmente: «[en 1929] muy lejos estaba Vasconcelos de convertirse ideológicamente ni en costumbres. Recordemos al Vasconcelos [...] que federaliza la enseñanza laica [...], al amigo y admirador del comunista Diego Rivera que concibe y pinta [...] mamarrachos heréticos [...]. Recuérdese al heterodoxo [que] piensa que el mismo Cristianismo es tan sólo “un mito”, y sublimación de lo sensual. ¡Sublimación de lo sensual! ¡dentro de la vida de adulterio y escándalo con Valeria, a la que, aunque inconscientemente, orillará en París al suicidio! [...]. Vasconcelos pensando, todavía muchos años después, que el arte es la más profunda manifestación del espíritu, no la caridad, no era cristiano: mucho le faltaba para convertirse –el fracaso y la vejez– [...]». Salvador ABASCAL, *Lázaro Cárdenas, presidente comunista*, tomo I, Ciudad de México, Editorial Tradición, 1988, pp. 39 y 40.

7. El prestigioso historiógrafo Álvaro Matute dijo respecto a esta evasión de cualquier encasillamiento típico: «El conservador típico es hispanista, antiindigenista, antinorteamericano, como lo es Vasconcelos [...]. El conservador típico es monárquico y clerical como no lo es Vasconcelos. El conservador típico no es demócrata, como sí lo es Vasconcelos». En otro sitio apunta: «No es igual un conservador que recibe por herencia su conservadurismo, que está formado en él, que quien lo adopta después de

El género de las memorias, que cuenta en la historia universal con referentes arquetípicos como *Confesiones* de San Agustín de Hipona y *Memorias de ultratumba* de François René de Chateaubriand, tiene en José Vasconcelos a uno de sus autores más representativos, aclamados y controversiales en México. La escritura de las memorias, se afirma, puede estar asociada con una necesidad muy humana: la de justificar los actos propios de cara a la posteridad. Reconozco que la lectura de la autobiografía de Vasconcelos fue una de las experiencias más fascinantes y placenteras de mi vida. ¡Tanto como mi descubrimiento de las novelas de Fedor Dostoievsky! A medida que cualquier lector se adentra en las memorias vasconcelianas, casi irremediabilmente quedase envuelto en la atmósfera entretejida, encantado por la perspectiva del autor y deslumbrado por la vehemencia de su relato. No aspiro a «descubrir el Mediterráneo» cuando advierto rasgos de la prédica vasconceliana que otros han subrayado holgadamente. Sé bien que quizá sea Vasconcelos uno de los intelectuales mexicanos sobre los que más se haya escrito y disertado a la fecha<sup>8</sup>.

---

40 años de haberse formado en la vertiente opuesta». Álvaro MATUTE, «La “Breve historia de México”: una lectura de 1982», en Álvaro MATUTE y Martha DONÍS (comp.), *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982*, Ciudad de México, Dirección General de Difusión Cultural. Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 148 y 151.

8. Entre las muchas biografías y ensayos sobre diversas facetas en la vida de José Vasconcelos, puede citarse sin ánimo de ser exhaustivos: José Joaquín BLANCO, *Se llamaba Vasconcelos*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1977; José CÁRDENAS NORIEGA, *José Vasconcelos, caudillo cultural*, Ciudad de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008; José CÁRDENAS NORIEGA, *Vasconcelos, visto por la Casa Blanca*, 2ª ed., Ciudad de México, Editores de Comunicación, 1978; Claude FELL, *José Vasconcelos, los años del águila (1920-1925)*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989; Luis GARRIDO, *José Vasconcelos*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963; Miriam JERADE DANA, «Antisemitismo en Vasconcelos: antiamericanismo, nacionalismo



En mi aproximación, hago mía la postura del crítico literario ruso Vissarion Belinsky, quien, en palabras del historiador de las ideas Isaiah Berlin, afirmaba que «nadie podría comprender a un poeta o a un pensador si durante un tiempo no se sumergía completamente en su mundo, dejándose dominar por aquella visión, identificándose con aquellas emociones; en suma, tratando de vivir a través de las experiencias del escritor, de sus creencias y convicciones»<sup>9</sup>. Desde este enfoque empático, pretenderé proyectar un amplio y revelador aspecto de su obra, que acaso todavía no sea resaltado y reflexionado hasta agotar sus posibilidades y horizontes: su postura en torno al catolicismo y la secularización; ambas muy vinculadas con su hispanofilia, como veremos<sup>10</sup>. Así las cosas, gravitaré en torno a las siguientes interrogantes: ¿Cuál fue la postura de José Vasconcelos respecto a las relaciones de Iglesia-Estado en la historia de México? ¿Cómo fue su perspectiva en torno al proceso secularizador radical y sus referidos agentes históricos? ¿Qué relación existió entre estos presuntos agentes y su conducta política? ¿Cómo intervino en esta situación su hispanofilia y cuáles fueron los argumentos que soportaban su postura? Sin prometer exhaustividad, creo avizorar una coincidencia –siquiera parcial– entre la visión crítica de Vasconcelos y la que, desde instancias oficiales, podían enunciar

---

y misticismo estético», *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* (Oakland), vol. 31, n. 2 (2015), pp. 248-286; Susana QUINTANILLA, «Por qué importa Vasconcelos», *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (Ciudad de México), vol. 22, n. 75 (2017); John SKIRIUS, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Ciudad de México, Editorial Siglo XXI, 1978 y Alfonso TARACENA, *José Vasconcelos*, Ciudad de México, Editorial Porrúa, 1982.

9. Isaiah BERLIN, *Pensadores rusos*, 2ª ed., Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 290.

10. Sin ánimo de agotar los estudios críticos disponibles en esa dirección, puedo mencionar: María del Belén CASTAÑO Y CORVO, *El pensamiento hispánico de Vasconcelos como ideología de salvación para América Latina*, Tesis doctoral en el Departamento de Antropología Social e Historia del Pensamiento Filosófico Español de la Universidad Autónoma de Madrid, 2007 y Fernando VIZCAÍNO, «Repensando el nacionalismo en Vasconcelos», *Argumentos* (Ciudad de México), vol. 26, n. 76 (2013), pp. 193-216.

sectores de la Iglesia católica respecto del proceso secularizador radical con anterioridad al Concilio Vaticano II<sup>11</sup>. Mi hipótesis es que Vasconcelos, desde su posición ecléctica, cuando no contradictoria, en su madurez cada vez más próxima al catolicismo, implícita o explícitamente llevó a cabo una crítica y denuncia de ese mismo proceso secularizador. Enseguida doy paso a una personal línea de interpretación en ese sentido, a partir del análisis de sus trabajos publicados en los preludios de la segunda gran conflagración mundial, con especial énfasis en sus laureadas memorias.

No ignoro ni pierdo de vista que las actitudes ideológicas de Vasconcelos fueron cambiantes. Salvando este obstáculo en parte, pondré el foco sobre el Vasconcelos de la segunda mitad de los años treinta, que fue el periodo en que la derrota sepultó sus ambiciones políticas y se entregó de lleno a esgrimir su pluma fulgurante. Tras el naufragio de su candidatura presidencial en 1929 y la dolorosa ausencia de una rebelión popular que le exaltara hasta donde creía tener derecho, sólo restaba la escritura como instrumento para ajustar cuentas con sus enemigos y justificar el grueso de sus decisiones políticas. Así fue como Vasconcelos emprendió una intensa labor periodística, que mantuvo en rotativos y revistas, como *El hombre libre*, *Hoy* y *Lectura* en el ámbito nacional, o en el extranjero *La Opinión* de Los Ángeles, California, y *La Prensa* de San Antonio, Texas, entre otros. Incursionó también en el campo histórico con *Breve historia de México* (1937). Asimismo y de modo paralelo, se consagró a su obra autobiográfica, inaugurada con la publicación de *Ulises criollo* (1935), proseguida en *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938) y *El proconsulado* (1939)<sup>12</sup>. Huelga decir que su

11. Militantes católicos en México, como Anacleto González Flores (1888-1927) expresaron juicios similares: «Hemos dicho que los tres grandes enemigos de la Iglesia, en estos momentos en nuestro país, son: el Protestantismo, la Masonería y la Revolución». Véase citado en Alfredo SÁENZ, *Sendero de un mártir: biografía y selección de obras de Anacleto González Flores*, 3ª ed., Guadalajara, Asociación Pro-Cultura Occidental, 2003, p. 124.

12. Estos libros fueron originalmente publicados por Ediciones Botas.



contenido no se corresponde necesariamente con la realidad histórica. Las memorias conforman construcciones subjetivas de lo que se presume el pasado y, en este caso, representan más bien la imagen que Vasconcelos quiso comunicar respecto de su periplo vital y las circunstancias que enfrentó. Así la saga refleja la visión y mentalidad del Vasconcelos maduro a la sazón, en un turbulento contexto si se atiende a la polarización social en México derivada de las reformas cardenistas<sup>13</sup> y, por otra parte, a conflictos tales como la Guerra Civil Española. Con estas aclaraciones, queda al descubierto que el terreno a transitar es de los discursos y narrativas, en la búsqueda de una exégesis sugerente.

De acuerdo a este propósito, algo nodal se expresa desde la apertura del arcón de los recuerdos, en el título mismo de la obra autobiográfica de Vasconcelos. En la advertencia al primer tomo su autor nos refiere el porqué del título. Esto es, por la analogía con la *Odisea* clásica de Homero, denotando una travesía de regreso a casa, heroica, aventurada y llena de adversidades. En palabras del filósofo Jesús Guisa y Azevedo: «Ítaca para Vasconcelos es la Iglesia Católica, la Penélope que no teje ni desteje, que no teme a nada y que no se cansa de esperar, que tiene abiertos y largos sus brazos de misericordia»<sup>14</sup>. Por otro lado, lo que resulta no menos atrayente, en palabras de Vasconcelos, «el calificativo criollo lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett, cuando traicionamos a Alamán»<sup>15</sup>. La equipara-

---

A estos cuatro libros, se añadió en 1959, a título póstumo, el último de sus libros autobiográficos. José VASCONCELOS, *La flama. Los de arriba en la revolución*, 2ª ed., Ciudad de México, Compañía Editorial Continental, 1959.

13. La agraria, la laboral, la expropiación petrolera y el mantenimiento de la educación socialista.

14. Jesús GUISA Y AZEVEDO, *Me lo dijo Vasconcelos...*, Ciudad de México, Editorial Polis, 1965, p. 23.

15. Lucas Alamán (1792-1853) fue el principal referente intelectual del Partido Conservador en México. Vasconcelos admiraba su patriotismo y clarividencia al advertir el peligro que significaba para México el

ción es enseguida profundizada en la ruta del martirio cristiano del epígrafe:

«Mi caso es el de un segundo [Lucas] Alamán hecho a un lado para complacer a un Morrow [el embajador estadounidense en México entre 1927-1930]. El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este Ulises criollo, lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas»<sup>16</sup>.

Desde los primeros trazos Vasconcelos pone, pues, al curioso tras la pista del eje auténtico de su perspectiva histórica y de su drama político personal. El esquema responde, en esencia, al choque entre la civilización hispánica y la anglosajona, la que, de forma trascendental, se produce a través de los siglos<sup>17</sup>. Una tensión que,

---

expansionismo anglosajón y la defensiva necesidad de cerrar filas en torno a la identidad católica e hispánica.

16. José VASCONCELOS, *Memorias. Ulises criollo. La tormenta*, vol. I, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 6. En adelante, siempre que me refiero a uno u otro título debe darse por sentado que indico esta misma edición.

17. Aspecto ya planteado por Vasconcelos en *La raza cósmica* (1925): «Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la Derrota de Trafalgar. Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales». José VASCONCELOS, *La raza cósmica*, 3ª ed., Ciudad de México, Editorial Porrúa, 2005, p. 6. Desde otra perspectiva filosófica, resultan profundas y atribuibles a las contrapuestas religiones, la mentalidad estadounidense y la hispánica. También en José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, Ciudad de México, Ediciones Botas, 1936, p. 85. Una muy interesante reflexión a este respecto, atendiendo las experiencias de tiempo, espacio y naturaleza, en Frederick WILHELMSSEN, *La mentalidad*

en el caso mexicano, tendría en Lucas Alamán a su figura arquetípica filo-hispánica, de la que Vasconcelos se presumía heredero y continuador, mientras Joel Roberts Poinsett –primer agente y ministro estadounidense en nuestro suelo ya independiente– encarnaba al secular enemigo<sup>18</sup>, secundado a su manera de ver por las cohortes de nativos descastados. Quizá sea pertinente decir que el citado esquema no se refiere únicamente a una visión de la historia, sino también al combate que tuvo otra arena para la lid en el alma misma de Vasconcelos. En su relato, la hispanofilia y el catolicismo aparecen profundamente entrelazados, y, mirado el panorama completo de sus recuerdos, sus páginas narran una suerte de singladura donde el veterano escritor se reencuentra con sus raíces tras un paréntesis revolucionario, liberal y relativamente extranjerizante, del que en algunas dosis dio muestras de arrepentimiento. En Vasconcelos, pues, hubo un recorrido desde una infancia católica hasta el liberalismo, y luego un retorno a la religiosidad del terruño materno en una evolución muy relacionada con su hispanofilia, la que eventualmente cobraría algunos ribetes conservadores sin abandonar sus moldes liberales. Un movimiento que quizá recuerda un poco al de sus contemporáneos los filósofos Ramiro de Maeztu y Manuel García Morente en España<sup>19</sup>, o a Carlos Pereyra y Toribio Esquivel Obregón entre sus coterráneos<sup>20</sup>.

---

*estadunidense*, Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2018, pp. 53-67.

18. Una obra de referencia, dentro de la historiografía conservadora mexicana, en José FUENTES MARES, *Poinsett, Historia de una gran intriga*, Ciudad de México, Editorial Jus, 1959.

19. Miguel AYUSO, *La Hispanidad como problema. Historia, cultura y política*, Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2018, pp. 51-58.

20. Jaime DEL ARENAL FENOCHIO, «"La otra Historia": la historiografía conservadora», en Conrado HERNÁNDEZ (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 66.

## 2. ¿Infancia es destino antiestadounidense y antiprottestante?

En la autobiografía de Vasconcelos la infancia reviste particular trascendencia. Pareciera indicarnos aquello de «infancia es vida», tan caro a algunos psicólogos. El autor parece advertirnos una cierta continuidad en su pensamiento y experiencias en pasajes remontables al cascarón. Se me disculpará que no deje pasar la ocasión y dedique una extensión, quizá excesiva, a reflejar los alcances de su testimonio. Si bien José Vasconcelos nació en Oaxaca el 27 de febrero de 1882, sus recuerdos se remontan a su estancia en Piedras Negras, Coahuila, a partir de 1887, desértico poblado fronterizo donde ocurría la colisión cultural entre hispanos y anglosajones. «El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete<sup>21</sup>, mantenían el rencor. Sin motivo y sólo por el grito de *greasers* o de gringo, solían producirse choques sangrientos»<sup>22</sup>. Dice que su abuela paterna, Perfecta Varela, había sufrido en México el efecto de la expulsión de sus progenitores españoles al cumplirse el primer tercio de siglo<sup>23</sup>. Su padre, Ignacio Vasconcelos Varela, era un agente aduanal; mientras su madre, Carmen Calderón Conde, habría de significarse como una vigorosa transmisora de su devoción católica. Vasconcelos asistió a una escuela en Eagle Pass, Texas, donde, si se sigue el relato, se dieron rivalidades y ocasionales episodios violentos con los otros niños estadounidenses<sup>24</sup>. A veces, las disputas se derivaban de las clases

21. Año de la derrota mexicana en su guerra frente a la invasión estadounidense.

22. José VASCONCELOS, *Ulises criollo*, cit., p. 25.

23. *Ibid.*, p. 17.

24. *Ibid.*, pp. 26, 32-33.

En la Biblioteca Pública de Nueva York pude consultar investigaciones estadounidenses donde se aprecia y se valora también esta circunstancia del choque racial y cultural, entre hispanos y anglosajones, en el pensamiento de José Vasconcelos: «a factor that deeply shaped his worldview». Ilan STAVANS, *José Vasconcelos: the prophet of race*, New Jersey, Rutgers University Press, 2011, p. 29. Este estudio muestra una mirada muy crítica

de historia, donde los capítulos de la guerra de Texas (1835-1836) y la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) dividían al alumnado de las dos etnias. En estas peleas, la fragilidad física de Vasconcelos le tenía reservado el fracaso. «Y mientras comía rumiando con el pan la amargura de mi derrota de la víspera, se me acercó un condiscípulo mexicano» para ofrecer el siguiente consejo: «Toma –me dijo, enseñándome una potente navaja–; te la presto. Estos gringos le tienen miedo al “fierro”. Guárdala para la tarde»<sup>25</sup>.

La madre ejerció una enorme influencia en Vasconcelos. Fue una resuelta defensora del catolicismo, dispuesta a resguardar a su hijo de ideas que socavaran la ortodoxia religiosa, y su determinación incluyó la quema de «libros herejes»<sup>26</sup> y la imposición de «una Dictadura: la del reloj [y] el Catecismo de Ripalda»<sup>27</sup>. Mientras la actitud del padre imprimía un celo patriótico, a la madre le preocupaba la educación protestante de sus vecinos. Este influjo lo pretendió contrarrestar exhortando a la lectura de Balmes, San Agustín o Louis Veuillot<sup>28</sup>. El celo familiar buscaba preservarlo frente a lo que creían una perniciosa exposición: «El afán de protegerme contra la absorción por parte de la cultura extraña acentuó en mis padres el

---

frente a Vasconcelos, al considerar peligrosas sus ideas raciales, a su juicio no muy distantes de las que Hitler pondría en boga. Por otro lado, este estudioso suele situar a Vasconcelos como una fuente de inspiración para el movimiento chicano en Estados Unidos. Otro autor opina que la hispanofilia de Vasconcelos, próxima al catolicismo, cuando cobró notoriedad política, también le distanció de una buena parte de la intelectualidad mexicana que militaba en la oposición: «Beyond his outright hostility to the ruling regime his extreme Hispanophile Catholic rethoric put him at odds even within the opposition, most of whom were formed within the Mexican Hispanophobic and anticlerical liberal tradition». Luis A. MORENTES, *José Vasconcelos and the Writings of the Mexican Revolution*, New York, Twayne Publishers, 2000, p. 15.

25. José VASCONCELOS, *Ulises criollo*, cit., p. 33.

26. *Ibid.*, p. 28.

27. *Ibid.*, p. 39.

28. *Ibid.*, p. 44.

propósito de familiarizarme con las obras de mi nación»<sup>29</sup>.

Al evocar estos recuerdos, el Vasconcelos maduro no se reservaba críticas hacia la fragmentación política derivada de las independencias hispanoamericanas, en reflexiones donde se deja ver nostalgia y lamentación por la unidad perdida en favor de un nacionalismo autista, del que precisamente había sacado tajada el adversario: «Con todo, llegaba el quince de septiembre y a gritar, junto con los yanquis, mueras al pasado y vivas a la América de Benito Juárez, agente al fin y al cabo de la penetración sajona»<sup>30</sup>. Vasconcelos muestra en sus memorias una actitud irreverente e *iconoclasta* respecto a la «historia oficial», liberal, de la que reconoce haber abrevado en su juventud cuando fue ensalzador de sus héroes y prohombres, quienes, según el catecismo cívico, habían ganado la libertad: «[...] la verdad era que de libertades no habíamos sabido nunca y que nuestra independencia dependía de las indicaciones de Washington desde que Juárez abrazó el monroísmo para matar a Maximiliano [de Habsburgo]. Pero, igual que los enfermos, los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para ir tirando»<sup>31</sup>.

Tras la experiencia fronteriza los escenarios de mocedades se trasladaron, a partir de 1896, a Campeche y Toluca. Por esos pagos la mirada inquieta de la madre tuvo por objeto el precaverse ya no del protestantismo sino del escepticismo científicista, común en medios liberales, jacobinos y positivistas. Siempre dispuesta a proveer el blindaje intelectual de su vástago, doña Carmen Calderón puso en las manos del joven estudiante el *Genio del cristianismo* del vizconde Chateaubriand. «Después he comprendido que, viéndome leerlo, mi madre se tranquilizaba. No podía evitar que me ganara el ambiente incrédulo y afirmaba mi creencia volviéndola combativa en previsión de los riesgos que no tardarían en presentarse»<sup>32</sup>. Al

29. *Ibid.*, p. 42.

30. *Ibid.*, p. 43.

31. *Ibid.*, p. 53.

32. *Ibid.*, pp. 97 y 98.



recordar su estadía en Campeche, llamaba la atención de Vasconcelos que allí, en el distante sureste del país, sus compañeros no compartían esa aguda consciencia de la rivalidad con el coloso del norte. «El peligro yanqui, preocupación de mi niñez, no les afectaba. Ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza y el tenso conflicto que provoca el vecino fuerte»<sup>33</sup>. Asimismo, la política internacional escindió al alumnado y Vasconcelos destacó, a propósito de la guerra de 1898, como el organizador del bando llamado de «los españoles» contra la mayoría encuadrada al lado de «los cubanos», pues argumentaba que con Cuba: «sucederá lo que con Texas, que a pretexto de independencia se hizo norteamericana»<sup>34</sup>.

En 1899 Vasconcelos prosiguió sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y los superiores en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en Ciudad de México. Enseguida cuenta cuál era la atmósfera predominante y cómo cambiaron su mentalidad e ideas en ese entorno: «En general, mi generación era escéptica, indiferente a la cuestión religiosa. Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida»<sup>35</sup>. Asevera que su cosmografía era mecanicista, pero que no prescindía «del primer motor misterioso». Es decir, no había dejado de creer en la existencia de Dios. Sin embargo, se había distanciado de la práctica y la doctrina católica. «Echaba de menos la eucaristía; pero antes de acercarme a ella me hubiera sido necesario aclarar una serie de dudas referentes al dogma. De la Iglesia me apartaba la intransigencia del dogma»<sup>36</sup>. Vasconcelos refiere que a la sazón se identificó con las obras de Tolstoi, y esto le permitió seguir percibiéndose como lealmente cristiano aunque fuese bajo un ropaje heterodoxo<sup>37</sup>. En otro pasaje revelador, dice que durante esta época

---

33. *Ibid.*, p. 104.

34. *Ibid.*, pp. 104 y 105.

35. *Ibid.*, p. 210.

36. *Ibid.*

37. *Ibid.*

también emprendió la lectura de *Historia de los heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez Pelayo y su reflexión le llevó a una mejor definición en torno a la religión y al absoluto.

De este modo, refería: «Toda la inmersión en el positivismo no logró hacerme ateo. Cuando fui spenceriano, agnosticismo para mí quería decir teísmo impersonal y una especie de Dios fuerza, pero consciente infinitamente. Y sólo al meditar las páginas de *Los heterodoxos* reconocí mi filiación. Yo no era un incrédulo, sino un hereje. Todas las religiones me parecen un aspecto de la verdad, aun siendo, fundamentalmente, cristiano y creyente. De la Iglesia me apartaban cuestiones en cierto modo accesorias. De suerte que la Inquisición me habría quemado, no por impío, sino por disidente. Por lo mismo mis antecedentes espirituales debía buscarlos entre los de Miguel de Molinos y no en William James, como equivocadamente veía hacerlo a no pocos de mis contemporáneos. Don Marcelino, pues, me reincorporó a mi especie mental, librándome de toda esa corriente de savias híbridas que ha producido en nuestras universidades hispanoamericanas simios pragmatistas, behavioristas o fenomenólogos a lo germano. Mis propios yerros, por lo menos, son castizos»<sup>38</sup>.

Resulta sugerente cómo el Vasconcelos escritor de sus memorias, en esa vista retrospectiva de su juventud, se aseguraba hispanófilo hasta en sus herejías. Jaime del Arenal Fenochio dijo que entre los grandes escritores conservadores del siglo XX en México «el hispanismo es un rasgo que comparten todos ellos e incluso algunos parecen defender más a España que al catolicismo»<sup>39</sup>. Ese podría ser

---

38. *Ibid.*, pp. 307 y 308. En otro lugar de sus memorias hay un episodio que va en el mismo sentido, cuando comenta la viva impresión que le ocasionó la lectura de la novela *El santo* de Antonio FOGAZZARO, a quien le reconoce ver con claridad «el problema religioso del hombre moderno, que ama la fe y no halla acomodo dentro de la Iglesia, única digna de ser abrazada y, sin embargo, empeñada en preceptos y prácticas que alejan de su seno a tantas almas sinceras y libres». José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 859.

39. Jaime DEL ARENAL FENOCHIO, *op. cit.*, pp. 70 y 71.



el caso de Vasconcelos, que se presenta a sí mismo como un tenaz y vitalicio hispanófilo, pese al influjo transitorio de la Leyenda Negra. Por sus vaivenes, no se puede decir lo mismo de su ortodoxia católica. En el relato de su confesión prenupcial, en 1906, Vasconcelos apuntó que se guardó de no revelar su rechazo a la resurrección de la carne, y que se abstuvo de comulgar al considerarse indigno y obstinado pecador<sup>40</sup>. En relación a otro episodio de su vida, en alusión al tiempo en que figuró de abogado postulante, en el umbral de su incursión en la política, Vasconcelos aceptaba esta paradoja: «aunque oficialmente anticatólico, yo seguía de creyente»<sup>41</sup>.

### 3. En la política, frente al adversario anglosajón y protestante

La aventura política de Vasconcelos inició en 1909 al lado de Francisco I. Madero. Como puede verse a lo largo del relato, el autor admiró al político coahuilense, con quien congeniaba en su crítica a la dictadura porfirista, en su postura democrática-liberal y en su actitud relativamente favorable a la participación política de los católicos. Vasconcelos, que empezaba a despuntar como joven intelectual por su participación en el Ateneo de la Juventud, colaboró con Madero como propagandista en *El Antirreeleccionista*. La caída del general Díaz y el triunfo de la revolución maderista anunciaban, en palabras de Vasconcelos, «una nueva etapa inspirada en el amor cristiano» después de un siglo de estériles discordias civiles<sup>42</sup>. Según Vasconcelos, el programa maderista incluía extirpar de anticatolicismo la legislación vigente que había polarizado a la nación y segregado a uno de sus sectores más numerosos. «Se trataba de quebrantar una tradición maldita y no faltaban en nuestras filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal

40. Vasconcelos contrajo matrimonio con Serafina Miranda en Tlaxcala.

41. José VASCONCELOS, *Ulises criollo*, cit., p. 352.

42. *Ibid.*, p. 376.

de las Leyes de Reforma»<sup>43</sup>. En esta dirección, la política de conciliación con la Iglesia católica implementada por el porfirismo, vista como un acierto, debería ser, sin embargo, ahondada hasta darle la categoría de ley<sup>44</sup>. Don Porfirio no había abrogado las Leyes de Reforma, sino que astutamente las había preservado como amenazante espada de Damocles sobre la cabeza de la Iglesia católica, que así debía su conservación y gratitud a la paternal benevolencia del dictador<sup>45</sup>.

La brega del Partido Católico Nacional a partir de 1911, que en principio fue bien recibido por Madero, en las memorias de Vasconcelos es considerado de modo ambivalente. Por un lado, el abierto regreso de los católicos a la política, en cuanto tales, estaba en concordancia con las convicciones que dice haber profesado entonces; por otro, no obstante, en sus escritos pueden pescarse severos reproches a ese partido por su conducta errática. Vasconcelos le recriminó su trágica política de oposición a Madero. Para él, los católicos de esa agrupación se vieron «súbitamente ultramontanos» y apostaron por apoyar a León de la Barra, a quien juzgaba «fariseo» por su pasado laicista y anticlerical<sup>46</sup>. Cuando se relatan los cuartelazos que acabaron con el gobierno y la vida de Madero, la indignación de Vasconcelos crece y sus censuras a los católicos rebasan al partido político hasta alcanzar a la institución religiosa. Al narrar la historia de México, seguido Vasconcelos empleó un lenguaje simbólico. La historia se explica como el duelo entre Quetzalcóatl y el sanguinario Huitzilopochtli, que con el derrocamiento de Madero y la dictadura militar «recomenzaba su reino interrumpido por el maderismo»<sup>47</sup>.

---

43. *Ibid.*, p. 388.

44. *Ibid.*, p. 389.

45. Llama la atención que la posición que Vasconcelos exhibe en el texto no se retiraba mucho de los anhelos de los católicos de la época. Francisco BANEGAS GALVÁN, *El porqué del Partido Católico Nacional*, Ciudad de México, Editorial Jus, 1960, p. 41.

46. José VASCONCELOS, *Ulises criollo*, cit., p. 389.

47. *Ibid.*, p. 442.

El autor oaxaqueño señalaba que, con los trágicos acontecimientos, «la Iglesia mexicana también se mostró alborozada»<sup>48</sup>. Anota que las campanas de las catedrales repicaron para festejar la debacle de «aquel presidente sospechoso de espiritismo [Madero]. ¿Qué importaba que ahora viniese un ebrio inmoral [Victoriano Huerta], si lo que ella suele perseguir es la heterodoxia, antes que la maldad y aun el ateísmo?»<sup>49</sup>. Vasconcelos mostró su hondo pesar de entonces, por la actitud opositora del periódico católico *El País* y la supuesta actitud eclesiástica en apoyo del usurpador, pero se cuidó de disculpar la posterior agresión de los revolucionarios contra los católicos: «Señalo este hecho inaudito sin ánimo de agravar los cargos que pesan sobre la Iglesia mexicana, y sólo para que se vea uno de los pretextos, no la justificación, de las persecuciones religiosas que se han consumado con posterioridad. Por lo pronto, quienes por convicción nos inclinábamos a un acercamiento del Estado mexicano con la Iglesia experimentamos ira y desconsuelo»<sup>50</sup>.

Otros de sus recuerdos insisten en reconveniones a la Iglesia y al Partido Católico, por haber despreciado la presunta mano tendida de Madero y entrar en connivencias con Huerta. Con pena, Vasconcelos daba pábulos a esta asociación tan invocada por el anticlericalismo revolucionario, si bien procuraba matizar sus juicios. Así recordaba el *Te Deum* celebrado en la Catedral Metropolitana en la presencia de ese gobierno, junto con la anuencia del Partido Católico, que «debió abstenerse de complicarse con una situación como la huertista, aparte de indigna, perdida a plazo corto o largo»<sup>51</sup>. La exhibición de ese apoyo al huertismo es, según él, lo que

---

48. *Ibid.*, p. 449.

49. *Ibid.*

50. *Ibid.* Otros pasajes de las memorias resultan más atrevidos, como cuando recuerda alusiones que Huerta hacía a Dios, celebradas por el coro de «los clericales», que encontrarían su lógica antítesis en el «¡Viva el Diablo!» de Felipe Carrillo Puerto. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., pp. 468 y 469.

51. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 519.

explica –aunque no justifique– «los atropellos que en la hora del triunfo cometió la revolución contra la Iglesia, y el partido que, de cuya táctica estúpida, supieron sacar ventaja los que fomentan nuestra división religiosa con fines obvios»<sup>52</sup>. Naturalmente, la versión que apuntaba al embajador estadounidense Woodrow Wilson como instigador del golpe contra Madero fue admitida y subrayada por Vasconcelos, y esto acumuló otro episodio a su repertorio de quejas frente a las intromisiones del imperialismo monroísta.

El derrocamiento de Madero en febrero de 1913 implicó para Vasconcelos su precipitada fuga del país, abriendo el telón para un capítulo de su vida personal que él mismo describió como licencioso y pecaminoso. «Mi moral era también entonces pagana y la vivía. “Todo es legítimo mientras tu goce no cause a otro sufrimiento”»<sup>53</sup>. Fueron los tiempos de su arrebatado sensualismo al lado de Elena Arizmendi. Desde el extranjero, con el objetivo de contribuir a la caída de Huerta, se aprestó a colaborar con el movimiento de Venustiano Carranza. Como agente de los constitucionalistas visitó la Gran Bretaña, que en sus memorias dio pie a un significativo apartado titulado «En la isla de los piratas». En el pensamiento de Vasconcelos, o por lo menos en su autobiografía, como ya dije, hay una consistencia a la hora de situar a los anglosajones como contraparte del mundo hispánico. Este juicio le llevaba a deplorar el modo en que se habían conseguido las independencias hispanoamericanas, junto con algunas de sus presuntas consecuencias. Vasconcelos admitió que un grave desacierto de Simón Bolívar fue haber cooperado con los ingleses en la lucha contra España, dado que de provincias hispanas «pasamos a ser menos que colonias: factorías del anglosajón»<sup>54</sup>. La hispanofilia de Vasconcelos postulaba la necesidad de una reunificación de la antigua monarquía hispánica en un molde moderno, bajo la forma de una confederación de repúblicas hispanas que incluyese a la península ibérica y las islas Filipinas.

---

52. *Ibid.*

53. *Ibid.*, p. 478.

54. *Ibid.*, p. 480.



«¿A cuántos en nuestro Continente les alcanza la cabeza para abarcar este sencillo propósito?», cuestionaba<sup>55</sup>. Al contrario, los grandes estadistas hispanoamericanos de la época independiente no habrían sido sino «lacayos del pensamiento inglés», sin exceptuar a Juárez, Sarmiento y Alberdi, entre otros. Mientras evocaba sus paseos por Londres, Vasconcelos también se condolía de haber sido, él mismo en el pasado, una víctima de la *Leyenda Negra* antiespañola<sup>56</sup> en su vertiente liberal: «[...] educado también en el odio de nuestra sangre española, bastardeado por una doctrina que presenta a Juárez como un salvador y no hizo otra cosa que entregar al yanqui el alma nacional, acostumbrado a disertar contra el oscurantismo hispánico y en pro de un liberalismo abstracto, allí, frente al monumento de las

---

55. *Ibid.*, p. 487. En similar sentido: Alfonso TARACENA, *José Vasconcelos*, Ciudad de México, Editorial Porrúa, 1982, p. 40.

56. Aunque la expresión tiene un origen más antiguo, probablemente el primer estudio metódico del fenómeno fue el del sociólogo español Julián Juderías, quien la definió como «el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación, ó por lo menos, la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, y finalmente, la afirmación, contenida en libros al parecer respetables y verídicos y muchas veces reproducida, comentada y ampliada en la Prensa extranjera, de que nuestra patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas». Julián JUDERÍAS, *La leyenda negra y la verdad histórica*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1914, pp. 14 y 15. Desde entonces, una gran cantidad de fuentes han profundizado en la cuestión. Entre ellos, los del estadounidense Philipp Wayne Powell (1971) y los recientes ensayos de Iván Vélez (2014) y María Elvira Roca (2016), entre muchos otros. Philip W. POWELL, *Árbol de odio*, Guadalajara, Asociación Pro-Cultura Occidental, 1991. Iván Vélez, *Sobre la Leyenda Negra*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2014. María Elvira ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Madrid, Siruela, 2016.

naciones inglesas, sentí por primera vez en toda su profundidad la amargura de la derrota de la *Invencible*. Pues al fin la libertad nada aprovecha cuando se gana en complicidad con enemigos extranjeros, y ésta es la mancha de nuestra independencia, y por eso no acabamos de conquistar la Libertad ni la Independencia»<sup>57</sup>.

El destierro dio ocasión para que Vasconcelos recorriera España, y las descripciones del viajero fueron casi siempre las del rendido elogio de Castilla como histórico valladar de la cristiandad, donde la defensa del dogma primó sobre las «herejías mediocres» y los fueros se sobrepusieron a la amenaza de los despotismos orientales. Todo eso junto con el Descubrimiento de América había tenido su santo y seña en Castilla<sup>58</sup>. Durante esa experiencia, Vasconcelos palpó las convicciones republicanas de un sector de la población que él creyó mayoritario, y se identificó con ese sentir. Según él, la monarquía española era caduca y parasitaria. A sus ojos, la equivocada política de los Borbón se tradujo en la desmembración de la unidad hispana<sup>59</sup>. La corrupción de la monarquía hispánica, en su opinión, había conllevado la fragmentación y la debilidad frente a los grandes conjuntos rivales, como el de los anglosajones. Con todo, la posibilidad futura de una España republicana eventualmente nutriría sus esperanzas de reintegración hispana bajo ese signo, removido el escollo de la monarquía y las suspicacias de las repúblicas hispano-americanas<sup>60</sup>.

A su regreso a América en 1914, Vasconcelos cuenta que tuvo contacto con algunos núcleos revolucionarios que operaban desde el territorio estadounidense próximo a la frontera con México. Refiere que en Naco, Arizona, se relacionó con Roberto Pesqueira y los hermanos Plutarco y Francisco Elías Calles. Dice haber descubrier-

57. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., pp. 487 y 488.

58. *Ibid.*, p. 505.

59. *Ibid.*, p. 506.

60. José VASCONCELOS, «El sentido imperial del patriotismo», *El hombre libre* (Ciudad de México), 28 de octubre de 1936. José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 88 y 89.



to entre ellos lo que llamaba «nortismo». Esto es, una tendencia a exaltar el norte de México en detrimento del centro y sur del país, incluyendo a Ciudad de México, que para Vasconcelos representaba «la única posibilidad de metrópoli en todo el Continente Latino, la única esperanza de creación de núcleo cultural independiente de lo anglosajón»<sup>61</sup>. A este «nortismo» también le llamó «pochismo», una palabra que «se usa en California para designar al descastado que reniega de lo mexicano aunque lo tiene en la sangre y procura ajustar todos sus actos al mimetismo de los amos actuales de la región»<sup>62</sup>. A ojos de Vasconcelos, esta facción revolucionaria habría de ser apoyada por Estados Unidos en razón de unas ideas convergentes con sus planes e intereses en perjuicio de México.

Tales revolucionarios del norte, según Vasconcelos, habrían de granjearse las simpatías estadounidenses y una vez en el poder buscarían implantar en México algunas políticas afines a los fuertes vecinos, incluyendo la promoción del protestantismo. De ahí las catastróficas consecuencias de la reciente actuación de la Iglesia católica y del Partido Católico, porque, para Vasconcelos, Madero hubiera superado los lastres del viejo liberalismo jacobino para enarbolar uno de tipo más tolerante y respetuoso con las libertades. Parece decirnos que, de haber contribuido esos grupos a la consolidación de Madero, se habría evitado la ulterior persecución religiosa. «Madero quería la reforma de las Leyes de Reforma para dejar a la Iglesia católica, que es mexicana, en condiciones de igualdad con las Iglesias protestantes, que son extranjeras»<sup>63</sup>. Ahora bien, a la hora de marcar diferencias entre los revolucionarios y sus posturas frente al catolicismo, Vasconcelos comprendía un moderado anticlerica-

---

61. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 513. Es interesante observar que, en sus memorias incluye una cómica frase en sentido inverso, exaltadora del centro y del sur, en menoscabo del norte: «Donde termina el guiso y empieza a comerse la carne asada, comienza la barbarie». *Ibid.*, p. 677.

62. *Ibid.*, p. 513.

63. *Ibid.*, p. 541.

lismo como justo castigo al presunto maridaje de los católicos con Victoriano Huerta. Así, por ejemplo, al recordar al revolucionario Antonio Villarreal en Nuevo León, Vasconcelos le tenía por «un vengador humano y culto» que se había limitado a mandar «quemar [...] unos confesionarios» sin tocar a los sacerdotes ni clausurar colegios<sup>64</sup>. Dice que, en su fuero interno, la mayoría de los liberales sabían bien que las Leyes de Reforma eran injustas, pero Villarreal y otros obraban así «porque era necesario satisfacer de algún modo la vindicta pública»<sup>65</sup>. En contraste con estos liberales relativamente moderados –como Vasconcelos creía que era Villarreal– llegarían al poder los fautores de la «ensañada persecución», esto es, «los agentes de la penetración espiritual, los pochos y los protestantes»<sup>66</sup>.

Cuando en julio de 1914 Huerta fue derrotado por los revolucionarios, sobrevinieron las luchas entre los vencedores. Para el Vasconcelos de entonces, el concepto de revolución, en abstracto, significaba «la transformación violenta de un orden de cosas opresivo e injusto»<sup>67</sup>, pero en su juicio extemporáneo la Revolución mexicana derivó en una «orgía de caníbales»<sup>68</sup>. Vasconcelos se enemistó con los carrancistas y se sumó al bando convencionista. En la Convención de Aguascalientes, celebrada en octubre y noviembre de 1914, obtuvo la comisión de redactar algunos documentos, donde se puede ver una postura anticlerical más o menos a tono con la óptica que muchos jacobinos tenían respecto de la Iglesia: «Esta terrible situación, apoyada en la fuerza de los gobiernos tiránicos y en la despiadada influencia del clero católico, ha sido la causa primera de

---

64. *Ibid.*, p. 551.

65. *Ibid.*

66. *Ibid.*

67. *Ibid.*, p. 600. En otro lugar dirá: «Revolución es el recurso colectivo de las armas, para derribar opresiones ilegítimas y reconstruir la sociedad sobre bases de economía sana y de moral elevada». JOSÉ VASCONCELOS, *Qué es la revolución*, Ciudad de México, Ediciones Botas, 1937, p. 91.

68. JOSÉ VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 593.



todos nuestros males»<sup>69</sup>. Vasconcelos cerró filas en torno al gobierno del general Eulalio Gutiérrez, en donde recibió la encomienda de tomar las riendas del Ministerio de Educación. Al poco tiempo los propios soportes de ese frágil gobierno, esto es, sus teóricos aliados, zapatistas y villistas, se volvieron también una mortal amenaza.

Con todo, los achaques que en sus memorias Vasconcelos dice haber dirigido contra la Iglesia católica y el Partido Católico tienen a manera de contrapeso, ya en su época de ministro convencionista, el relato de sus maniobras en favor de colegios católicos que padecieron la agresividad de los revolucionarios. Durante una estancia en San Luis Potosí, Vasconcelos refiere que intervino en favor del colegio de las monjas del Sagrado Corazón, al que supuestamente «perseguió con saña [...] los del secreto pocho imperialista». Seguramente motivado por la presencia de su hermana Concepción entre las religiosas, asegura que no le fue difícil convencer a Eulalio Gutiérrez «de que era antipatriótico prestarse a las maniobras de una persecución religiosa que sólo beneficia al extranjero»<sup>70</sup>. De manera muy frecuente en sus escritos, Vasconcelos atribuye a la política exterior estadounidense, secundada por fuerzas revolucionarias nativas, la intención de debilitar al catolicismo mediante la introducción del protestantismo y la consecuente división religiosa. «Lo que yo he solido censurar a los protestantes es la pretensión de hacer proselitismo en países de cultura latina en los que salen sobrando sus ingenuidades, porque ya estamos de vuelta en la mayoría de las cuestiones»<sup>71</sup>. La facción carrancista fue señalada por él como la más dispuesta a fungir de agente del imperialismo estadounidense durante esa época, y no solamente en lo que se refería al socavamiento y merma del catolicismo, sino también en el sabotaje de la economía mexicana «en beneficio de los trusts y compañías del Norte»<sup>72</sup>. A Vasconcelos el derrumbe del gobierno

69. *Ibid.*, p. 606.

70. *Ibid.*

71. *Ibid.*, p. 722.

72. *Ibid.*, p. 766.

de Eulalio Gutiérrez le empujó nuevamente al destierro en 1915. Desde el exterior en Nueva York, luego en Sudamérica y otras ciudades de Estados Unidos, se dedicó al estudio de la filosofía y a los negocios, manteniéndose, sin embargo, como opositor al bando que eventualmente lograría someter a sus otrora incómodos compañeros de viaje –villistas y zapatistas– y establecer un gobierno al que dirigiría sus diatribas.

En su narración Vasconcelos celebra la caída y muerte de Venustiano Carranza en 1920, a quien responsabilizaba por el violento deceso de varios de sus cercanos durante el marasmo revolucionario. Al cano y barbado primer jefe le reservaba la condena de la historia por su rendido servicio al imperialismo yanqui: «Carranza causó más dolor en el seno de las familias mexicanas que todos los déspotas de América, a excepción, nada más, de su discípulo genuino y directo, ¡la Plutarca viuda de Morrow!»<sup>73</sup>. La Constitución de 1917, promulgada por los revolucionarios durante la presidencia carrancista, fue severamente fustigada por Vasconcelos en varios apartados, como el del artículo tercero y sus implicaciones para la religión católica: «En materia educativa la Constitución carrancista contiene limitaciones a la libertad de enseñanza que hacen prácticamente imposible la subsistencia de la religión como doctrina que se transmite a través de las generaciones. Los enemigos del cristianismo y de la civilización latina, los agentes subconscientes o conscientes del poinsetismo, aprovecharon en la Asamblea de Querétaro el rencor que entre los revolucionarios prevalecía contra el clero, a causa de la colusión de éste con la dictadura de Victoriano Huerta. Produjo este odio una legislación salvaje que no tiene par en ningún pueblo civilizado, según el cual es delito tácito practicar la doctrina de Cristo y enseñarla»<sup>74</sup>.

Para el autor de *Ulises criollo*, el catolicismo merece valorarse como un elemento central e imprescindible de la cultura hispana

---

73. *Ibid.*, p. 829.

74. José VASCONCELOS, *Breve historia de México*, 4ª ed., Ciudad de México, Ediciones Botas, 1938, p. 570.



y latina. Por esto, creía Vasconcelos que la política estadounidense alentaba la agresión de los revolucionarios contra el catolicismo junto con la promoción entre los mexicanos del protestantismo como medio de disolución y sometimiento. Asimismo los agentes estadounidenses, según esto, también se mostraban dispuestos a fomentar el indigenismo con la venia de los gobiernos revolucionarios mexicanos, emulando en el siglo XX lo que Vasconcelos creía ver prefigurado en la guerra de independencia texana a mediados del siglo XIX, donde los colonos anglosajones bajo la guía de Samuel Houston se aliaron a los cheroquíes contra «el elemento criollo de nuestra nacionalidad [que] es el único estorbo para hacer de todo México otra Texas»<sup>75</sup>. Con reflexiones como ésta, con cierta frecuencia Vasconcelos se lanzaba contra la «historia oficial» en tanto instrumento de manipulación con esos oscuros propósitos. Así mientras circulaba la visión peyorativa de Hernán Cortés como un villano, se cultivaba con reverencia la imagen del cura Hidalgo, que a veces para Vasconcelos representaba un independentismo miope y favorecedor de los designios y proyectos protestantes y anglosajones<sup>76</sup>: «México no será grande nación mientras no tenga de fiesta patria el aniversario de la quema de las naves en Veracruz»<sup>77</sup>. Esto es, mientras su pueblo y su gobierno no se reconozcan e identifiquen plenamente dentro de la civilización hispánica.

#### 4. De ministro revolucionario a candidato presidencial

Al acercarse el crepúsculo del carrancismo, Vasconcelos admite que se alineó con la oposición. Reconoce que ellos no resultaron ser, a la postre, más que agravantes de la obra carrancista.

75. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 857.

76. Este desprecio a Hidalgo se puede pescar a través de sus memorias, pero contrasta con las propias citas que el autor hace de sus propios discursos anteriores de la época revolucionaria, al lado del general Álvaro Obregón, donde más bien contribuyó a su exaltación. *Ibid.*, pp. 922 y 923.

77. *Ibid.*, p. 876.

Con todo, justifica su decisión argumentando que los pronunciados lograron crear, a la sazón, una percepción social de que llegaban como democratizadores y «prometieron derrocar la Constitución carranciana»<sup>78</sup>. El célebre escritor reprochó a Obregón el haber abandonado el Plan de Guerrero, que desconocía la Constitución de 1917 y reivindicaba la de 1857, para luego abrazar el Plan de Agua Prieta, que mantenía la vigente carta magna. Con el cambio de gobierno, se rumoraba que le ofrecerían un ministerio. Recuerda que, en conversaciones con su amigo Miguel Alessio Robles, reconocía interés por dirigir la Universidad de México como preámbulo a la descomunal tarea de levantar el Ministerio de Educación, y su futuro colaborador coincidía en la necesidad de eliminar la influencia dejada por los carrancistas y «arrojar a los protestantes que puso allí Carranza, y que han convertido en High School la escuela de Barreda»<sup>79</sup>. Una vez que en junio de 1920 asumió las riendas de la Universidad, dice que arribó a la Escuela Nacional Preparatoria «con el ceño de quien arroja a los mercaderes del templo» y encontró, sobre el escritorio del director, Moisés Sáenz Garza, «el folleto en que la secta metodista de Estados Unidos lo designaba obispo y principal jefe de la propaganda en México»<sup>80</sup>. Vasconcelos reverbera que la limpia orquestada por él encendió las alarmas entre el grupo carrancista que iba a menos, y el entonces diputado Vicente Lombardo Toledano buscó sin éxito interceder por el grupo afectado y disuadir al maestro de sus acciones contra los protestantes. Esgrimió Vasconcelos que sólo cumplía el precepto constitucional que prohibía el magisterio y la dirección de establecimientos escolares a los ministros de culto<sup>81</sup>. De esto se sigue que, si bien en sus memorias Vasconcelos deploró la constitución en materia educativa, la aprovechó para desembarazarse de los protestantes. Asi-

---

78. *Ibid.*, p. 918.

79. *Ibid.*, pp. 941 y 942. Barreda fue el principal introductor en México de la educación positivista.

80. *Ibid.*, p. 948.

81. *Ibid.*, p. 950.



mismo, ya en su ejercicio ministerial, Vasconcelos refiere que fue también obstáculo para quienes postulaban la conveniencia de una educación racionalista y atea<sup>82</sup>, al tiempo que defendió la necesidad de un ecumenismo hispánico<sup>83</sup>.

A partir de octubre de 1921, oficialmente como Secretario de Educación en el gobierno del general Álvaro Obregón, Vasconcelos se consagró por entero a la colosal faena que incrementó su popularidad a nivel internacional, justamente una de sus facetas más conocidas y celebradas, la que le ganó el mote de «el maestro». Entre esa fecha y julio de 1924 llevó a cabo una denodada campaña que habría de establecer escuelas, formar maestros-misioneros alfabetizadores del pueblo, erigir bibliotecas, distribuir entre la juventud a grandes clásicos de la literatura y el pensamiento, además de animar el mecenazgo gubernamental de las artes. Dice Vasconcelos que se arrepintió de algunas de sus acciones durante esa época, como cuando dispuso la erección en Ciudad de México de un monumento a fray Bartolomé de las Casas en el antiguo Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, ya en poder de la Secretaría que encabezaba. En su lugar, confesaba que habría debido alzar las figuras de Pedro de Gante o Vasco de Quiroga, «los educadores eximios. En lo de Las Casas ha habido ya demasiada influencia antiespañola, o sea antimexicana»<sup>84</sup>. La revelación no es baladí porque deja ver una evolución crítica en Vasconcelos. Entre el ministro y el maduro autor de las memorias tuvo necesariamente que ocurrir un proceso de revisión y reflexión histórica que le llevase a pregonar una hispanofilia expurgada de elementos de la llamada Leyenda Negra. Mientras fue ministro, a pesar de todo fue hispanófilo y propuso a Obregón que secundase al presidente argentino Hipólito Irigoyen

---

82. José VASCONCELOS, *El desastre*, Ciudad de México, Editorial Trillas, 2000, p. 119.

83. Véase una entrevista que le hicieron entonces, donde se puede ver su acendrada hispanofilia: Pedro SERRANO, *Hispanistas mexicanos*, vol. I., Ciudad de México, s.n., 1920, pp. 39-46.

84. José VASCONCELOS, *El desastre*, cit., pp. 65 y 66.

cuando estableció el Día de la Raza, pero el llamado manco de Celaya consideró que se trataba de un tema políticamente incómodo y prefirió inhibirse<sup>85</sup>.

La colaboración de Vasconcelos con el gobierno de Obregón fue decayendo, según la versión de éste, fue a raíz de los Tratados de Bucareli con Estados Unidos y el asesinato del diputado Francisco Field Jurado –refractario al citado convenio–, junto con el inminente relevo de Plutarco Elías Calles en la presidencia de México. Después de su fracasada contienda por la gubernatura de Oaxaca en 1924 –cosa que atribuyó a los amaños del régimen–, Vasconcelos emprendió una serie de viajes por Norteamérica, el Caribe, Sudamérica, Europa y el Medio Oriente. Durante estos años, impartió ocasionales conferencias en universidades extranjeras, escribió para los periódicos artículos de opinión, y fundó su propia revista *La Antorcha* en 1924. Invariablemente, en sus textos se muestra tenaz en la denuncia del gobierno de Calles y del imperialismo estadounidense. Confiesa que «la obligación moral de continuar la pelea contra el callismo [le] hizo ganapán de la pluma»<sup>86</sup>. Entre las críticas que Vasconcelos lanzó contra el callismo estaba la que atañó a la persecución religiosa, con episodios como el intento cismático que, en colusión con el líder sindical Luis Napoleón Morones, se llevó a cabo con la complicidad de un ex sacerdote católico, el «patriarca» Pérez, cuando se tomó por asalto el templo de la Soledad en la capital. Desde su tribuna en *La Antorcha*, dice Vasconcelos en sus memorias que acusó el atropello «como una maniobra protestantizante, yankeezante», al mismo tiempo que «abría campaña contra los protestantes adueñados de la Secretaría de Educación»<sup>87</sup>. Fiero opositor, Vasconcelos señala que en Estados Unidos el ambiente era de simpatía hacia Calles y le ponían trabas a sus acciones de propaganda. «Cerrados hallé todos los órganos de la prensa. Los diarios americanos estaban todos con Calles, unos por dinero y otros por

---

85. *Ibid.*, p. 67.

86. *Ibid.*, p. 302.

87. *Ibid.*, p. 303.



solidaridad protestante que le agradecía el exterminio de la Iglesia católica mexicana»<sup>88</sup>. Afirmo que esta simpatía estadounidense y protestante por la persecución religiosa del régimen de Calles era común entre los metodistas, si bien el abanico de apoyo era amplio: «Calles seguía siendo el héroe de socialistas, izquierdistas, protestantes, pseudoantiimperialistas, toda la caterva de los hipócritas de tres continentes»<sup>89</sup>.

El asesinato de Álvaro Obregón en julio de 1928, a manos del católico José de León Toral, abrió la coyuntura para que Vasconcelos se postulase como candidato a la presidencia de México, teniendo como rival al oficialista Pascual Ortiz Rubio. Según sus memorias, se trataba de una disputa entre el poinsetismo y, al otro lado de la colina, la alternativa castiza. Se trataba de los intereses de la cultura anglosajona y protestante contra los del hispanismo católico. Con su mítica alegoría, durante su campaña –realizada en compañía de su colaboradora y amante Antonieta Rivas Mercado, *Valeria* en sus memorias– comparaba la lucha vigente con la del sanguinario Huitzilopochtli contra Quetzalcóatl, identificado con el católico conquistador Hernán Cortés<sup>90</sup>.

En este tenor, sentenció: «Era guerra religiosa la que se libraba. Lo que el norteamericano dominante quería era ver desaparecer en México el catolicismo que representaba la latinidad, el tipo de civilización que nos integra a nosotros y les estorba a ellos para la conquista moral que consolida las intervenciones en la economía y en la política... [En Estados Unidos] Todo se lo perdonaban a Calles porque les servía de brazo para pegarle a la Iglesia ¿Cuál era el deber del mexicano, el deber del patriota? ¿Salir a la defensa de su Iglesia, de su tradición, del alma misma de su estirpe! Que se reglamenten, en buena hora, las relaciones de la Iglesia y el Estado, pero

88. *Ibid.*, p. 511.

89. *Ibid.*, pp. 514, 541 y 542.

90. José VASCONCELOS, *El proconsulado*, Ciudad de México, Editorial Trillas, 1998, p. 137.

con doctrina nuestra y según nuestras propias conveniencias, no por influencia de una política extraña»<sup>91</sup>.

Vasconcelos defiende que entre sus propósitos estaba garantizar para la Iglesia católica un régimen de libertades similar al que, decía, entonces imperaba en naciones como Estados Unidos y Francia. Es decir, finalmente su propuesta era la de un liberalismo relativamente moderado. También sostuvo que entre sus adversarios estuvieron la Banca de Wall Street, los gobiernos estadounidense e inglés, junto con los militares mexicanos que, según él, hacían de cipayos del imperialismo protestante y anglosajón<sup>92</sup>. Vasconcelos indica que el gobierno y la embajada estadounidense, esta última bajo la batuta de Dwight Morrow, fueron un factor de peso en su descalabro. Con apoyo logístico y político, el gobierno callista de Emilio Portes Gil pudo a tiempo sacar de balance la posible conjunción de fuerzas rivales que, coaligadas, o por lo menos coincidentes, hubieran podido descabalarle. Lo impidió la victoria gubernamental en marzo de 1929 frente a la rebelión escobarista y, mediante el patrocinio yanqui de los arreglos entre la Iglesia y el Estado, en junio de ese mismo año, el desarme de los cristeros que desde 1926 reaccionaban frente a la persecución religiosa<sup>93</sup>. Llegados los comicios el oficialismo se proclamó vencedor y Vasconcelos, creyéndose víctima de un fraude, llamó a rebelión armada para establecer, a su perecer, el legítimo

91. José VASCONCELOS, *El desastre*, cit., p. 552.

92. *Ibid.*, p. 552; José VASCONCELOS, *El proconsulado*, cit., pp. 176, 177 y 192.

93. A este respecto, la posible conjunción de estas fuerzas opositoras y de cómo el gobierno estadounidense intervino en favor de su homólogo mexicano, considero que se pueden consultar las menciones y análisis en una obra que fue publicada en 1973 y sigue siendo imprescindible: Jean MEYER, *La cristiada*, tomo I, 19ª ed., Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2001, pp. 315 y 316 y Jean MEYER, *La cristiada*, tomo II, 3ª ed., Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2012, pp. 184, 367 y 368. Para la versión de Vasconcelos y su contacto con el general Enrique Gorostieta, comandante de la Guardia Nacional Cristera. José VASCONCELOS, *El proconsulado*, cit., pp. 114 y 115.



orden democrático<sup>94</sup>. No obstante, su invitación al alzamiento no tuvo el eco esperado en una población fatigada por la violencia y el desorden recurrentes desde el estallido revolucionario de 1910. Presa de la desilusión y el desconsuelo, Vasconcelos atribuyó mayor culpa de la derrota a la indolencia del pueblo mexicano antes que al imperialismo estadounidense, cuyo yugo deseaba sacudir<sup>95</sup>.

El biógrafo José Joaquín Blanco sugiere que Vasconcelos, a resultas de su frustrada tentativa por ocupar la presidencia de México, padeció la amargura y abandonó sus ideales democráticos. A resultas de las elecciones, fue tomando cuerpo la teoría de los dos Vasconcelos con el partaguas de 1929<sup>96</sup>. Enrique Krauze indica que entonces México perdió al político y encontró «al más impetuoso

---

94. En buen número, los escritores e historiadores avalan la tesis de que las elecciones de 1929 fueron un grosero chanchullo. Sólo a manera de ejemplo, vale citar al prestigioso Jean Meyer: «Vasconcelos afirma que ganó las elecciones. No cabe duda que las ganó [...]. Las elecciones tuvieron lugar el 17 de noviembre. Fueron una farsa. El ejército controló todas las mesas en todo el país y patrulló en las calles como si el país estuviese en estado de sitio. Cuando fue necesario se robó las urnas para llevárselas. A Ortiz Rubio le dieron el 93,58 % de los votos, 5,42 % a Vasconcelos. Sin comentarios». Jean MEYER, «Prólogo», en José VASCONCELOS, *El proconsulado*, cit., pp. 17 y 18. A contracorriente de este juicio, el también reputado historiador Javier Garciadiego sostiene que «debe considerárseles unas elecciones inequitativas y sucias, pero no torcidas o fraudulentas, en tanto que el resultado final no fue alterado en esencia». JAVIER GARCADIEGO, *Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2011, p. 363. Entre los argumentos expuestos por Garciadiego, aparecen la popularidad de Vasconcelos entre estudiantes y mujeres, que no contaban por entonces con derecho al voto. No deja de ser interesante corroborar que ya en su día el propio Vasconcelos, en sus memorias, atribuyó a los agentes del gobierno «el mito de que soy el candidato de los estudiantes y que no tengo arraigo en las masas». JOSÉ VASCONCELOS, *El desastre*, cit., p. 551.

95. JOSÉ VASCONCELOS, *El proconsulado*, cit., p. 290.

96. JOSÉ JOAQUÍN BLANCO, *Se llamaba Vasconcelos*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 170-172.

de sus escritores»<sup>97</sup>. Otra vez arrojado al exilio Vasconcelos, entre Estados Unidos, Sudamérica y Europa, en un comienzo sin renunciar a la revuelta con el apoyo de los obispos más intransigentes, se entregó de lleno al ejercicio de la pluma para publicar durante la década de los treinta, y particularmente en el segundo lustro, lo mejor de su obra escrita. Naturalmente, desde la prensa continuó su pugna contra los gobiernos callistas, procurando por todos los medios su descrédito.

## 5. La masonería y el comunismo

La enemistad frente al protestantismo y el imperialismo estadounidense —en una mirada de mayor anchura, el mundo anglosajón— atraviesa casi toda la obra escrita de José Vasconcelos en los años treinta. Frente a ella, en tensión permanente se yergue la civilización hispánica, con el catolicismo como baluarte cultural y espiritual, de modo similar al esquema de una lectura política de las dos ciudades de San Agustín<sup>98</sup>. Acaso por una continuidad entre la experiencia juvenil y su posterior vida pública, resulta natural que este factor sea casi omnipresente en la interpretación que Vasconcelos hizo de la historia y de su propio trayecto vital. Frente a lo hispánico, las otras fuerzas que encabezan las dos fases ulteriores del proceso de secularización radical quedaron, aparentemente, relegadas a un segundo plano, si bien tampoco puede sostenerse que, en el pensamiento del maestro, carezcan de importancia. De manera deliberada, he reservado este apartado para el final de la exposición, en disposición a cubrir un espacio comparativamente menor, reflejando así una cierta cronología y proporcionalidad en la narrativa vasconceliana.

En los textos de José Vasconcelos, hay varias y muy sugestivas

---

97. Enrique KRAUZE, «José Vasconcelos: la grandeza del caudillo», *Letras Libres* (Ciudad de México), año 2, n. 24 (2000), p. 61.

98. SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, 14ª ed., Ciudad de México, Editorial Porrúa, 1998, p. 28.

alusiones a la masonería. Con cierta recurrencia, esas menciones están asociadas con personajes históricos como Benito Juárez y comentarios críticos a gobiernos más o menos liberales y reformistas de signo anticlerical, tanto mexicanos como extranjeros. A través de esos escritos salta a la vista que su autor frecuentó entornos masónicos durante algunas etapas de su vida, sin exceptuar la del joven estudiante. Así, mientras cursaba sus estudios en la capital, relata que en 1905 trabajó en una notaría como amanuense. Refiere Vasconcelos que su jefe se apellidaba Aguilar y Marocho –pariente de quien fuera intelectual y ministro conservador del II Imperio de Maximiliano de Habsburgo–, personaje vilipendiado como traidor por la historia oficial propugnada por el liberalismo. Siempre presto a cualquier ocasión para lanzar una maliciosa estocada contra la visión oficiosa, oponía el *Ulises criollo*: «Si en vez de triunfar los liberales se impone el Imperio, los traidores hubieran sido los gobiernos de la Reforma, con la prueba irrefutable de las concesiones de tierra a compañías extranjeras y la oferta a Washington del Istmo de Tehuantepec. Sin embargo, a causa de que mis familiares eran burócratas del régimen reformista, y también por virtud de mi educación en escuelas públicas, compartía el odio al Imperio y el cariño a Juárez. Y no solo cariño, aun culto, pues cada 18 de julio asistía al Panteón de San Fernando a la tenida blanca que le dedicaban los masones, con pebeteros de luz verde en torno del sarcófago y discursos que lo comparaban con Cristo»<sup>99</sup>.

Cuenta Vasconcelos que ya entonces se podía detectar entre los estudiantes un cierto inconformismo con las verdades oficiales del liberalismo decimonónico, del que luego haría gala cuando, a consecuencia de sus experiencias políticas y de un proceso de reflexión, se volcara de lleno a la escritura de artículos y libros que pueden ser clasificados como revisionismo histórico. Los pasajes de su obra concernientes a la masonería tienen que ver con los propios posicionamientos de Vasconcelos frente al fenómeno religioso. El escritor oaxaqueño gustaba de situarse a sí mismo dentro de un campo de

99. José VASCONCELOS, *Ulises criollo*, cit., pp. 212 y 213.

batalla político y cultural, y en esa representación se colocaba, al momento de tomar la pluma en su madurez, en las antípodas de las creencias que atribuía a la masonería en bloque, cuando decía: «[...] en la lucha vieja, entre las religiones de imagineros y de iconoclastas, siempre me he colocado del lado de los que procuran hallar en la tierra aproximaciones concretas de la belleza absoluta. Y en contra de los que huyendo del culto, del alma santa, y de la imagen bella, terminan representándose la divinidad con abstracciones de geometría o de mecánica: el Dios Primer Motor, por ejemplo»<sup>100</sup>.

Si se atiende el relato autobiográfico, queda fuera de toda duda que Vasconcelos no solo concurrió en entornos masónicos, sino que perteneció formalmente a esa sociedad. Si bien parece sugerir que fue un experimento efímero, asegura que en 1927 durante una estancia en Francia, mientras ocurría en territorio mexicano el conflicto religioso, su amigo el colombiano Luis Enrique Osorio le llevó a una logia del Gran Oriente, situación que Vasconcelos aprovechó para tratar de contrarrestar el apoyo que en esos ámbitos tenía Plutarco Elías Calles, quien era visto como una especie de campeón mundial en la lucha contra el clericalismo atávico. «De buena fe pretendí explicar a los masones franceses el peligro de la persecución religiosa de Calles, que desprestigiaría el liberalismo, lo que a mí me importaba por ser liberal y, al mismo tiempo, provocaría una reacción religiosa que yo esperaba con beneplácito, por ser yo religioso»<sup>101</sup>. El llamado maestro pretendía armonizar cierto liberalismo con el catolicismo, más o menos a la manera en que quizás, políticamente, Madero también lo había pretendido. Sin embargo, refiere que las diferencias doctrinales con sus hermanos motivaron su pronto distanciamiento de las tenidas: «Hice la solicitud y fui aceptado. Sin embargo, al hablar con los jefes formulaban como casualmente la pregunta: ¿Cree usted en el Dios personal o cree en Dios como fuerza de la Naturaleza?»<sup>102</sup>. El naturalismo predomi-

100. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 916.

101. José VASCONCELOS, *El desastre*, cit., p. 521.

102. *Ibid.*



nante, oficioso dentro del Gran Oriente de Francia, fue una circunstancia donde Vasconcelos no evitó polemizar, produciendo en él la sensación de que no se hallaba entre personas con las que tuviera esenciales creencias en común. En otras palabras, se sintió en corral ajeno: «Ahora bien: el Dios personal es Jesucristo. Yo nunca he renegado de mi cristianismo; aparentemente todos mis futuros hermanos se inclinaban a la versión del Dios fuerza de la Naturaleza. No insistí más; no volví a las juntas; al año dejé de pagar las cuotas. Si existen secretos –me dije–, no quiero saberlos; no soy para guardarlos; la lealtad de la fe católica está en que no tiene secretos»<sup>103</sup>.

En cuanto a su interpretación de la historia nacional, hay menciones recurrentes a la masonería en expresiones que casi siempre poseen un carácter marcadamente negativo, donde estas sociedades secretas son vinculadas a fuerzas y corrientes cuyas acciones habrían ido en perjuicio de la nación mexicana. Así, la masonería se encuentra asociada al –por él maltratado– absolutismo borbónico<sup>104</sup>, pero también al izquierdismo posterior<sup>105</sup>. Asimismo, estas sociedades ligadas al militarismo y a los pronunciamientos que, a su modo de ver, evitaron la posibilidad de un gobierno democrático<sup>106</sup>. Asimismo, se relaciona también con el oportunismo de personas ambiciosas y sin escrúpulos que vieron en las logias plataformas de promoción social y política<sup>107</sup>. También enlazó a esta sociedad con personajes como Santa Anna, que vinieron a representar en su visión del pasado el rol de villanos<sup>108</sup>. De igual manera, la masonería quedaba vinculada con los supuestos planes poinsetistas de subyugar

---

103. *Ibid.*

104. José VASCONCELOS, *Breve historia de México*, Ciudad de México, Compañía Editorial Continental, 1978, p. 534.

105. José VASCONCELOS, *Breve historia de México*, 4ª ed., Ciudad de México, Ediciones Botas, 1938, p. 17.

106. *Ibid.*, p. 356.

107. *Ibid.*, p. 360.

108. *Ibid.*, p. 412.



y humillar a México con la inconfesable ayuda de liberales<sup>109</sup>; y se insinúa que es equiparable a una suerte de instancia internacional donde se urden tramas conspiratorias con la inclusión del desmembramiento territorial de México<sup>110</sup>. Para más inri, la masonería fue retratada como una sociedad identificada con el gobierno callista y financiada por éste, a fin de afianzar su dominio y su programa político entregado a los designios de los procónsules estadounidenses de turno<sup>111</sup>. De esta guisa, en cuanto a la historia de México, el rol de la masonería parece el de un instrumento en la penetración imperialista anglosajona y protestante<sup>112</sup>.

Hacia 1936 el estallido de la Guerra Civil Española fue extensamente comentado por Vasconcelos. No se trata de un dato baladí, por la envergadura que en su pensamiento cobró la cuestión hispana. Desde su exilio en San Antonio, Texas, y luego a su regreso a la Ciudad de México, dedicó una serie de artículos periodísticos a analizar e interpretar los acontecimientos que tuvieron lugar en la Península Ibérica. Al escudriñar esos escritos, luego recopilados y publicados en un libro aparte, no puede perderse de vista que Vasconcelos buscó penetrar en el acontecer español bajo el prisma de su propia experiencia política en México y, con frecuencia, recurriendo a comparaciones que le llevaban a considerar que España, en parte, estaba sufriendo un proceso destructivo similar al de México. Esto lo atribuyó a las mismas fuerzas: los anglosajones, los protestantes y el izquierdismo masónico, a los que añadió el comunismo marxista y el «judaísmo internacional». A sus ojos, todos ellos se confabu-

---

109. *Ibid.*, p. 448.

110. *Ibid.*, p. 475.

111. José VASCONCELOS, *Breve historia de México*, Ciudad de México, Compañía Editorial Continental, 1978, p. 517.

112. Según uno de los expertos críticos de la masonería, la sociedad en su versión moderna, con la Gran Logia de Londres, tiene un origen protestante, pese a su evolución hacia su descristianización y el deísmo, visible en las famosas Constituciones de Anderson. Manuel GUERRA GÓMEZ, *La trama masónica*, 2ª ed., Barcelona, Styria Ediciones, 2006, pp. 45-48.



laban contra España. Si bien Vasconcelos de antiguo simpatizaba con los republicanos y abominaba de la monarquía española, al proclamarse el nuevo régimen en 1931 fue cayendo en el desencanto cuando detectó que sus antiguos amigos republicanos y españoles simpatizaban con el callismo, y que además a sus otrora cómplices y contertulios les incomodaban sobremanera sus invectivas contra el gobierno revolucionario en México, al que –asegura– veían como un ejemplo a seguir<sup>113</sup>.

Para Vasconcelos, la Segunda República Española se caracterizaba como «masónica»<sup>114</sup> y, en concordancia con esto, había desatado la lucha religiosa que, desde el siglo XIX, había debilitado a México en beneficio de los anglosajones: «se pretendía hacer de España lo que Poinsett logró hacer en México, despertar el odio religioso, provocar la guerra civil, confiscar propiedades sin ton ni son [...] el ambiente de Madrid daba la impresión del México de Juárez. No se hablaba sino de matar curas y confiscar conventos»<sup>115</sup>. Vasconcelos aseveraba que el gobierno republicano del Frente Popular había sufrido un «contagio callista» que explicaba el consiguiente error de la persecución religiosa. No obstante, en el así conocido bando republicano, habría de asomar hasta volverse dominante, por encima del izquierdismo masónico, burgués y jacobino, la fuerza avasallante del comunismo marxista, según Vasconcelos.

---

113. JOSÉ VASCONCELOS, «Por qué se pelea en España», *El hombre libre* (Ciudad de México), 26 de octubre de 1936. JOSÉ VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 16-23.

114. JOSÉ VASCONCELOS, *El desastre*, cit., p. 181.

115. JOSÉ VASCONCELOS, «La República Española y el contagio callista», *El hombre libre* (Ciudad de México), 26 de octubre de 1936. JOSÉ VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 32 y 33. Estos escritos de Vasconcelos fueron comentados, de acuerdo a otro enfoque, en otro estudio: LUIS BARRÓN, «Conservadores liberales: Luis Cabrera y José Vasconcelos, reaccionarios y tráfugas de la Revolución», en Erika PANI (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, tomo II, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009, pp. 435-466.

El comunismo, en su vertiente marxista, dio pie a cierta ambivalencia en la obra escrita de Vasconcelos. Es posible que ante el espectáculo de la Revolución Soviética de 1917 el maestro no desarrollase alguna inquietud o aversión instantánea. Mientras se encontraba en Estados Unidos, enfrentado a Venustiano Carranza, entonces dueño del país, Vasconcelos recuerda que leyó por primera vez *El capital* de Carlos Marx, al que sus lectores hallaban oscuro, y sus impresiones fueron desdeñosas: «En realidad, no tiene nada de oscuro y sí mucho de retrasado. Se funda en dos filosofías caducas: la de Hegel y la de Comte. Tomarlo como nueva era imposible, si se quería tener en cuenta el abecé de la cultura general de la época. En cambio, en ciertos aspectos parciales y como arma de una lucha que a veces reclama todos los medios, ¡enhorabuena! Pero no con la tendencia de crear una sociedad marxista. Esa pesadilla hay que obsequiarla a los que, por ignorantes, no ven otra cosa y andan desesperados, o a los pícaros que de ella se sirven para lucrar»<sup>116</sup>.

Luego, en alusión a su época como ministro, reconoce que tomó nota y ejemplo de la experiencia soviética en el ramo educativo, para seguir ideas y acciones de Máximo Gorki y Anatoli Lunacharsky, como la edición de los clásicos<sup>117</sup>. Sorprendentemente, también acepta que por entonces le «sedujo un documento que quizá sería el que yo suscribiera si de profesión de fe se tratase»: el Manifiesto de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que pregona la socialización de recursos, medios de producción, crédito, etcétera, pero que admite moderadamente la propiedad individual: «Esta era la posición que me parecía y me parece perfecta. El plan de Liebknecht evita caer en las monstruosidades del leninismo y asegura la permanencia de una sociedad sin injusticias, pero también con justicias de las que impone la jerarquía natural, que nos hace diferentes en capacidad y en necesidades y aptitudes. Y nada de Dictaduras del Proletariado o

116. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 927.

117. José VASCONCELOS, *El desastre*, Ciudad de México, Trillas, 2000, p. 61. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., p. 928.



del Partido, que sólo son pretexto para el abuso de una pandilla de criminales»<sup>118</sup>.

A fines de la década de los veinte, Vasconcelos dice que contaba con una buena aceptación entre la *intelligentsia* de izquierda, donde seguramente influían sus consuetudinarias críticas al imperialismo y al militarismo, así como su carácter democrático y su reputación progresista bien labrada durante su labor a la cabeza del Ministerio de Educación. En sus memorias refiere que, hallándose en el exilio, asistió al Congreso Antiimperialista de Bruselas en 1927, con el objetivo de seguir su campaña de propaganda contra el callismo y hablar contra la ocupación estadounidense de Puerto Rico. Admite que «entonces yo también era hombre de izquierda»<sup>119</sup>, pero se percató de que muchas representaciones se incomodaban con sus dicerios al gobierno de Calles, y más aun le defendían. «Por desgracia, el ambiente que hallé en el famoso Congreso fue perfectamente anti-pático. Desde el comienzo advertí que lo dominaban, lo pagaban los soviets»<sup>120</sup>. La anécdota bien puede ser sopesada como un adelanto de la postura que en adelante Vasconcelos adoptaría frente al comunismo marxista y soviético, una vez que, en su percepción, estas corrientes solían solidarizarse con el odiado callismo.

A raíz de la Guerra Civil Española, por lo menos, el anticomunismo de Vasconcelos alcanzó inusitada virulencia. Vasconcelos sostuvo que a partir de la derrota electoral de 1933, las izquierdas españolas se habían radicalizado para recobrar el poder, cargándose «hacia el comunismo y el partido anarquista»<sup>121</sup>. La fracasada revolución de Asturias en 1934 habría reunido a las izquierdas en lo que sería el revanchista Frente Popular Español –a su juicio estrata-

118. José VASCONCELOS, *La tormenta*, cit., pp. 929 y 930.

119. José VASCONCELOS, *El desastre*, cit., p. 506.

120. *Ibid.*, p. 504.

121. José VASCONCELOS, «La República Española y el contagio callista», *El hombre libre* (Ciudad de México), 26 de octubre de 1936. J. VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., p. 37.

gema comunista, *camouflage* en España tanto como en México<sup>122</sup>—, triunfante en las elecciones de 1936, pronto «vuelto comunista» y dominado por los agentes rusos en áreas clave como el ejército y la administración, con el dinero de Moscú<sup>123</sup>. Ante la encrucijada, Vasconcelos basculó en sus predilecciones hacia el Alzamiento Nacional, a favor del «patriotismo», que venía a ser «la emancipación de las Internacionales del odio, el caos, el despotismo sanguinario, a lo Tamerlán o a lo Lenine»<sup>124</sup>. En España, aseguraba, tales extremistas habían desatado no solamente la barbarie antirreligiosa, sino la lucha de clases, echando mano de una brutalidad sin precedentes<sup>125</sup>. En su retórica, Vasconcelos oponía la figura de Cristo con la de Marx y Lenin, dando a entender que la guerra de España esencialmente era eso: la civilización cristiana contra el marxismo soviético<sup>126</sup>, al que presentaba como manipulador y verdugo de la clase obrera, porque su propósito era en realidad imponer «la tiranía del Partido, la dictadura de la Burocracia»<sup>127</sup>.

Lejos de explicaciones al uso, el conflicto español no podía circunscribirse, como jaleaba cierta prensa, a un combate entre el comunismo y el fascismo. Si ese fuera el caso, Vasconcelos dejaba ver que entonces no se identificaría con ninguna facción: «Por fortuna, no son fascismo y comunismo las únicas soluciones a la actual crisis

---

122. José VASCONCELOS, «La metamorfosis del comunismo y la revolución española», *El hombre libre* (Ciudad de México), 27 de octubre de 1936. José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 69 y 74.

123. José VASCONCELOS, «La República Española y el contagio callista», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., p. 39.

124. José VASCONCELOS, «La República Española y el contagio callista», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., p. 43.

125. José VASCONCELOS, «Barbarie con técnica», *El hombre libre* (Ciudad de México), 27 de octubre de 1936. José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 49 y 50.

126. José VASCONCELOS, «Barbarie con técnica», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 57-60.

127. José VASCONCELOS, «Barbarie con técnica», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 61 y 62.



del mundo. Al contrario, se podría afirmar con razón que comunismo y fascismo son dos resultados nefastos de la Revolución Rusa. Ambos desconocen las conquistas democráticas; los dos se entienden como hermanos siameses, en el arte de oprimir a los individuos, en beneficio de una doctrina equivocada del Estado. El Estado existe para beneficio de los individuos, dice la doctrina liberal clásica. El Estado, en Marx y en Lenine que son ambos discípulos de Hegel, es una suerte de Divinidad laica y de monstruo fenicio que devora al individuo, sus libertades y su felicidad»<sup>128</sup>.

Para Vasconcelos, ese despotismo del dictador y de la fuerza, semejante al estatismo moderno, tenía orígenes antiquísimos y su superación había representado un mérito achacable al cristianismo. La prédica vasconceliana, al menos en este punto, procuraba justificar una conciliación del cristianismo y el liberalismo, a propósito de la limitación estatal. En ese discurso, es clara la transmisión de una desconfianza hacia el poder omnímodo del Estado moderno, es decir el totalitarismo. En cualquier caso, quienes intentaban imponer el modelo marxista en España habían topado con el escollo de un pueblo que es democrático «porque es profundamente cristiano». Vaticinaba Vasconcelos la victoria de los alzados, con la que probablemente España regresaría a la salud «de sus mejores tiempos, a la cabeza de la civilización. Sin la venia de los marxistas. Y con la ayuda de Dios Nuestro Señor»<sup>129</sup>.

---

128. José VASCONCELOS, «La metamorfosis del comunismo y la revolución española», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 74 y 75. Vasconcelos llegaría a expresar claras simpatías al fascismo, pero no en este lugar.

129. José VASCONCELOS, «La metamorfosis del comunismo y la revolución española», *loc. cit.* José VASCONCELOS, *Qué es el comunismo*, cit., pp. 79 y 80.

## 6. Consideraciones en torno a amigos y enemigos

En la narrativa vasconceliana –principalmente en las memorias, pero también en otros textos contemporáneos del mismo autor–, la rivalidad entre el catolicismo hispánico y el protestantismo anglosajón hunde sus raíces en lo más recóndito de la infancia. De acuerdo con la exposición a manos del escritor oaxaqueño, es claro el interés por remarcar una continuidad en su trayecto vital, si bien en ocasiones, cuando el todavía joven Vasconcelos estaba a la merced de las ideologías de moda, –un liberalismo inficionado por dosis de la llamada *leyenda negra*– el reflejo es de un antagonismo que pudo perder vigor de forma pasajera. De acuerdo con el relato, las experiencias políticas de nuestro *Ulises criollo* confirmaron y profundizaron la visión primigenia. En su literatura la oposición entre ambos mundos devino en un esquema que no solamente proporcionó sentido a sus desventuras políticas, sino a todo el plexo de la historia trasatlántica. Si adoptamos a Carl Schmitt y su criterio respecto del concepto de lo político, esto es, su gravitación en torno de «la distinción de amigo (Freund) y enemigo (Feind)»<sup>130</sup>, es incuestionable que el protestantismo anglosajón aparece en los escritos de Vasconcelos como el enemigo por antonomasia de la civilización hispánica y católica. Sin embargo, el protestantismo anglosajón no emergió de forma aislada sino, a su debido tiempo, acompañado por otras fuerzas que convergieron en esa hostilidad, como fueron la masonería y el comunismo soviético. En comparación con el peso otorgado al protestantismo anglosajón en su esquema histórico, tanto el deísmo masónico como el ateísmo comunista desempeñaron una función relativamente más modesta. No obstante, es necesario aclarar que así como el protestantismo anglosajón acaparó la memoria y la representación del pretérito, el comunismo despuntó en el horizonte con la desesperanza futura. En este tenor, también es pertinente añadir que, con miras proféticas, en mayo de 1937 Vasconcelos publicó

130. Carl SCHMITT, «El concepto de lo “político”», en Héctor ORESTES AGUILAR (prol. y comp.), *Carl Schmitt, teólogo de la política*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 177.



una suerte de distopía donde el protestantismo anglosajón parece desplazado en su función destructora del catolicismo hispánico, sugiriendo así su cumplida caducidad y el relevo del marxismo asociado con el imperialismo estadounidense y el judaísmo internacional –amparados en una ideología indigenista– como amos totalitarios de México<sup>131</sup>. En esto puede divisarse una aceptación de las teorías conspiratorias entonces en boga, por el Vasconcelos maduro que fue presa de la desilusión por su derrota electoral de 1929<sup>132</sup>.

La relación de José Vasconcelos con el catolicismo debería ser materia para un análisis exhaustivo que por ahora rebasa posibilidades e intenciones. Es evidente que su postura fue variable y, al menos desde el ángulo de su fidelidad personal a la doctrina católica en su integridad, en la década de los años treinta, resulta problemática e improbable. Pese a su cristianismo heterodoxo, es relevante que, desde su autopercepción, con todo y que se reconocen divergencias doctrinales, en el texto hay un sentido de pertenencia a la civilización hispano-católica, e inclusive una auto-postulación como campeón de esa causa en el orden político e intelectual. En su discurso, es diáfano que abogó por la conservación del catolicismo en México, al que consideró bastión de la identidad hispánica y nacional. En su relato Vasconcelos destacó como un censor de las persecuciones religiosas que emprendieron los gobiernos revolucionarios en el entorno hispánico, motivo de una cristiana y apocalíptica desconfianza hacia el Estado secularizador. No puede decirse que su propuesta encajase en el perfil del tradicionalismo católico, abierto partidario de un régimen confesional. Vasconcelos más bien procuró un liberalismo moderado y ansioso por una aparente conciliación con el catolicismo. Por otro lado, la fe política de Vasconcelos era republicana y adversa a la monarquía. No es intrascendente, sin

---

131. José VASCONCELOS, «México en 1950», *Hoy* (Ciudad de México), n. 14, 29 de mayo de 1937, p. 25. José VASCONCELOS, *Qué es la Revolución*, cit., pp. 133-139.

132. Así se explicaría que Vasconcelos escribiera el elogioso prólogo a *Derrota Mundial* de Salvador BORREGO en 1953, crónica de la Segunda Guerra Mundial en clave conspiracionista y antijudía.

embargo, advertir que pese a sus diferencias con el tradicionalismo Vasconcelos pudo compartir el señalamiento de algunos de sus más trascendentales enemigos.